

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN I SIMPOSIO LATINOAMERICANO

Y IV SIMPOSIO NACIONAL DE EDUCACION PARVULARIA

SANTIAGO, 22 de Septiembre de 1993.

Estimadas amigas y amigos:

Aunque en el acto inaugural de ayer el Ministro de Educación les expresó un saludo en nombre oficial del gobierno y dio la bienvenida a los visitantes que nos acompañan en este encuentro, de los países hermanos de Latinoamérica, yo he querido reunirme brevemente con ustedes para traerles un saludo personal, con el cual pretendo, fundamentalmente, recalcar la importancia que mi gobierno atribuye a la delicada labor que ustedes realizan y a la tarea a que se refiere este simposium, de la atención pre-escolar de los niños hasta seis años.

La verdad es que no son sólo razones humanitarias, de amor al prójimo, ni de la motivación especial que a todo ser humano provocan los niños, especialmente en su primera edad -sensación o sentimiento de ternura ante su debilidad y de responsabilidad ante lo que tienen por delante en la vida-, sino también razones, yo diría, de alta política, vinculadas al desarrollo de nuestros pueblos, de nuestras naciones, y al imperio de la justicia en las relaciones humanas, las que determinan que esta materia sea de especial trascendencia.

La falta de cuidado adecuado de la salud, de la alimentación,

de la formación pre-escolar es, sin duda, un factor determinante en los países en vías de desarrollo, de la mantención de los fenómenos de extrema pobreza que afligen a nuestras sociedades.

Hay una experiencia trágica. El niño pobre, subalimentado y sin una adecuada enseñanza, tiene déficit en su desarrollo físico, en su capacidad, en el desarrollo de sus aptitudes, y esto se traduce en una dramática inferioridad con respecto a otros niños, que han tenido la fortuna de que la condición económica de sus padres o las circunstancias de la vida, les permitan tener cuidados, alimentación adecuada, tratamientos eficientes y una constante acción educativa a su respecto.

Y esto se traduce en un círculo vicioso muy dramático, de mantención o perduración de la pobreza, porque por mucho que declaramos que todos los niños tienen igualdad para acceder al sistema educacional y garanticemos la educación básica obligatoria y gratuita, el niño que a los seis o siete años llega a esa educación básica obligatoria y gratuita, o a una pagada, habiendo tenido un proceso previo de educación pre-escolar en su etapa parvularia, llega en condiciones infinitamente superiores a las que llega el niño que no ha tenido acceso a esa posibilidad. Y entonces se da el drama de que estos niños que no tuvieron preparación parvularia están condenados a ser los últimos de su curso y a, generalmente, ir al fracaso.

Entonces, ésta es una especie de fatalismo, que de alguna manera cierra las puertas a las posibilidades de ascensos, de progreso, de derrotar la pobreza, porque va manteniendo como esclavos de esa misma pobreza, con todas sus limitaciones, a estos niños de esa condición. De allí la importancia fundamental que tiene la labor que ustedes realizan de la formación de los párvulos.

La Convención Internacional sobre Derechos del Niño, que suscribimos el año 90 y que Chile ratificó de inmediato, planteó compromisos que todos los países suscriptores nos comprometimos a cumplir. No me voy a detener ahora, porque ya lo ha hecho en su exposición reciente y en el desarrollo del simposium ayer, María Victoria Peralta, como también se ha referido al tema el Ministro de Educación, al señalar los esfuerzos que el gobierno de Chile hace para dar cumplimiento a esos compromisos. Yo sólo quiero, en esta ocasión, compartir con ustedes algunas reflexiones en torno al contenido de la tarea de formación parvularia, de tanta importancia, que ustedes realizan.

Hay, por una parte, un esfuerzo de alimentación, y los mecanismos del Estado contribuyen a proporcionar a los niños, en los jardines o centros de formación de párvulos, esta alimentación elemental, que permita un desarrollo biológico, físico, adecuado. Hay un esfuerzo de adiestramiento físico e intelectual, manifestado en el desarrollo de estas aptitudes que acabamos de ver en estos pequeños niños, que se traducen en formas de expresión artística, en vinculación, de alguna manera personal, al ritmo, a la música, a los colores, a la pintura, a la belleza; hay un esfuerzo de instrucción; aprender a saber algunas cosas, enseñar a distinguir las cosas por su nombre; pero hay un esfuerzo, sobre todo, de ir ejercitando la mente, así como el físico, ejercitando los sentidos, aunque sea una pequeña creatura, ir aprendiendo a conocer, a actuar con cierto grado de racionalidad.

Pero junto con todo esto, yo creo que es de trascendental importancia lo que pudiéramos llamar **la formación de personas**, aunque se trate de creaturas tan pequeñas. Cada uno de estos niños no es sólo un individuo, uno entre muchos números; es una persona, un ser dotado de inteligencia, de libertad, de voluntad, llamado a realizar un destino. Y esta formación de persona -y en esto consiste fundamentalmente la tarea educacional-, entraña esfuerzos para inculcar hábitos, para sugerir ideales, para formar el carácter.

El hombre es un animal de costumbres, y en la vida las cosas a que nos acostumbramos desde pequeños nos resultan sumamente fáciles. El problema es inculcar esos hábitos, generar la costumbre: la costumbre de levantarse temprano, la costumbre de andar aseado, la costumbre, en fin, de ser puntual. Hay una serie de costumbres que se adquieren, y entonces, cuando uno enfrenta la vida, ser puntual, andar limpio, no requiere un esfuerzo, sino que se hace automáticamente, porque se acostumbró desde pequeño, porque es un hábito que se formó. Y así como esos elementales, tantos otros. La labor de formar hábitos en los niños es de mucha importancia.

Luego, sugerir ideales. Que el amor, que la belleza, que conceptos más abstractos, como la justicia, de algún modo, con ejemplos prácticos, con el trato con sus compañeros, se vayan asentando. Yo creo que es fundamental, en la tarea educadora desde la primera edad, generar una aspiración a superarse, que los niños desde pequeños quieran ser más, quieran desarrollar todas sus aptitudes. La formación del carácter, que extraña la capacidad de contenerse, la capacidad de controlarse a sí mismo,

la capacidad, por ejemplo, de superar el egoísmo. La tendencia natural de todo niño es el egoísmo. Lograr que un niño sea generoso, creo que es un esfuerzo bastante grande; todos lo hemos conocido en la propia experiencia de nuestros hogares. El niño lo que quiere, frente a un juguete, es tomar el juguete para él y disputárselo al otro niño. Aprender a compartir es un esfuerzo, pero el niño que aprende a compartir, ese niño va a ser en la vida un niño, y después un hombre o una mujer, solidario, que va a entender que no es sólo él, que él forma parte de una comunidad de la cual recibe y a la cual debe dar.

Una última reflexión. Pienso que en este esfuerzo que ustedes realizan es de mucha trascendencia, en nuestros países, la vinculación con las familias. El esfuerzo, difícil, sacrificado, de largas horas con los niños, puede perderse por completo si los valores que se tratan de inculcar, si los hábitos que se quieren formar, si el esfuerzo de enseñanza, es contrarrestado por una realidad familiar adversa, cerrada. De allí que la vinculación de los centros, jardines, lugares de formación de párvulos, a los padres de los niños, tenga especial importancia, porque el esfuerzo que ustedes realizan va a poder ser continuado en la vida de la familia, fuera de las horas en que los niños están en manos de ustedes, por sus propios padres, por su hermanos, por el medio familiar.

Todo esto, que ustedes lo saben mejor que yo, porque lo viven, me ha parecido útil recordarlo en esta ocasión, porque tengo la convicción más profunda de que el problema más grave a que está abocada la humanidad en nuestro tiempo es el problema de la extrema pobreza que aflige a millones de seres humanos. Y en nuestro continente son muchos, varios cientos de millones, los que padecen de pobreza y aun de extrema pobreza. Y la pobreza no la vamos a superar sólo mediante políticas económicas, ni la vamos a superar sólo mediante políticas de equidad social, si no somos capaces de abordar derechamente la tarea de la formación de las futuras generaciones a partir de los niños más pequeños, que son aquellos a que ustedes consagran sus esfuerzos.

Quiero terminar diciéndoles: gracias, gracias por el trabajo que ustedes realizan, trabajo no siempre bien remunerado, diría, por el contrario, generalmente mal remunerado; trabajo ingrato y difícil; pero trabajo que no sólo da satisfacciones al ver a estas pequeñas creaturas que se desarrollan, que crecen, que manifiestan signos de inteligencia, de creatividad, que van dando muestras de desarrollo físico, intelectual, artístico, cultural, que van

naciendo como personas, sino también porque ustedes están contribuyendo, al formar a estos niños, a abrir camino a un futuro mejor para nuestros países, porque lo que ellos lleguen a ser será la mejor manera de derrotar la injusticia de la extrema pobreza que aflige a muchos de nuestros ciudadanos.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 22 de Septiembre de 1993.

MLS/EMS.